

Noaj, N°. 11, julio de 1996

LECTURA

- Telaak, Anastasia. La Jerusalem de Else Lasker-Schüler, p. 46





La Jerusalem de Else Lasker-Schüler

“Una gema engarzada en su esmalte castaño”

Anastasia Telaak

para Else Levi-Mühsam, Doro y Katja

“Por todas partes cuelga todavía una triza de Jerusalem. A menudo allí donde uno no espera encontrarlo –entre las manos arrugadas, trabajadas hasta el cansancio de una madre, o en la loma rocosa de un país devastado. Por todas partes, si prestas atención, pasa rodando a tu lado una piedrecilla de la pirámide antediluvial Jerusalem; y es que tropiezas con su borde, desprevénida en tus caminos.”

(Das Hebräerland, GW II, 963)¹

DESDE la ciudad antigua de Jerusalem, pasando por la Puerta del León, se llega, tras un corto paseo cuesta arriba, angosta la calle, al Monte de los Olivos. Allí, en el viejo cementerio judío, fue enterrada en 1945 Else Lasker-Schüler. Era enero, la guerra todavía no había terminado. Seis años vivió en la “eterna

ciudad”, eternamente inquieta, y allí murió, expulsada de la patria alemana. En ese lugar que desde el temprano exilio le pareció como el “observatorio del más allá”, y que tornó a ser su último refugio ante el nazismo en 1939. ¿Por qué me sorprende saberlo, al llegar aquí en el quincuagésimo aniversario de su muerte?

Estudió filología hispánica francesa y alemana en Friburgo, Colonia y Madrid; su tesis versa sobre la obra del escritor argentino Mario Szichman. Entre 1994 y 1996 enseñó idioma alemán para niños y francés y español para adultos en la escuela Talitha Kumi, Beit Jala, en la Autonomía Palestina, y cursó estudios de literatura judeo-alemana en la Universidad de Jerusalem.

Poetización temprana de un sueño

Jerusalem estuvo en el principio de la existencia de Else Lasker-Schüler como poeta, cuando ella todavía no la conocía personalmente. Con ello se inserta, en primer lugar, en una larga tradición vigente ya desde los tiempos del Antiguo Testamento, en los que se comenzó a cantar a la ciudad como síntesis de sueños proféticos y mesiánicos, como el "corazón del mundo". Además, la Jerusalem "celestial" se convirtió ya desde muy temprano en un ambivalente punto de condensación dentro de su indagación del judaísmo y, en este contexto, también de su papel de artista. A mediados de los años '90 del siglo pasado, Else llegó a Berlín, proveniente de una casa asimilada en el Elberfeld renano donde nació en 1869, un año antes de la fundación del imperio alemán ("Deutsches Reich") cuyo creciente nacionalismo y antisemitismo marcaran su infancia y juventud.² En la metrópolis prusiana pronto entró en contacto con el movimiento sionista Judaísmo Joven ("Jung-Jüdische Zionistische Bewegung"), en el que participaban, entre otros, Ernst Toller y Gustav Landauer. También, y sobre todo, entabló relaciones con Martin Buber y su círculo. Este intentaba en aquel entonces señalar, particularmente a la burguesía asimilada judía, un camino diferente de las "penas de la diáspora" y de la enajenación, hacia un renacimiento espiritual del judaísmo y una "historia de soberanía" ("Selbständigkeitsgeschichte") que fuese cultivada solidariamente por todos los judíos.³ Por ello, quizás no sea asombroso que "Sulamith" –junto con "Das Lied des Gesalbten" (La canción del Ungido) el poema más temprano y seguramente el más famoso de Lasker-Schüler sobre Jerusalem–

se haya publicado en 1901 en *Ost und West. Monatsschrift für Moderne Judentum* (Este y Oeste. Revista Mensual de Judaísmo Moderno), recién fundada por Buber para fomentar un "renacimiento judío".

"Sulamith" merece una atención especial, ya que no sólo aparece más tarde en la primera edición de *Hebräische Balladen* (Baladas Hebreas, 1913), nutridas explícitamente de un fondo bíblico-judío, sino que también finaliza su libro *Das Hebräerland* (La Tierra de los Hebreos, 1937), en donde la visión de la "ciudad edificada en las alturas", condensada en 14 líneas líricas, se despliega como en un cuadro vistoso mas también sombrío.

Sulamith

*¡Oh, de tu dulce boca
Aprendí demasiadas delicias!
Ya siento los labios de Gabriel
Arder en mi pecho...
Y la nube de noche bebe
Mi hondo sueño de cedros.
¡Oh, como me hace señas tu vida!
Y me disuelvo
Con floreciente corazón en penas
Y me lleva el viento en el universo,
En el tiempo,
En la eternidad,
Y mi alma se consume ardiendo en los colores crepusculares
De Jerusalem*

La poetización de Jerusalem que hace Else Lasker-Schüler en "Sulamith" recoge el amor bíblico del Cantar de los Cantares. A él remiten el título, los motivos del beso y el "sueño de cedros", así como las metáforas de lo dulce y del fervor tan características de la canción bíblica. Asimismo resuena aquí la tradicional interpretación alegórica de esta canción como el amor de Dios hacia el pueblo judío. "Sulamith" se centra también en el anhelo amoroso de un Yo hacia un Tú. En un principio, éste implica una proximidad inmediata debida a su extremo impacto sensual: "¡Oh, de tu dulce boca / Aprendí demasiadas delicias! / Ya siento los labios de Gabriel / Arder en mi pecho...". Sin embargo, la experiencia de amor aludida aquí ha tenido lugar en un pasado no claramente definido, y en la efusión e intensidad que se le atribuyen –un "demasiado"– también se transluce el dolor de Sulamith ante una dicha ahora viva sólo en el recuerdo. Mas, a pesar de toda distancia, en este recuerdo del pasado se confirma la unión inmediata del Yo con el amado Tú: al comunicársele las "delicias" por "boca" de éste, literalmente encuentra su puesto en una tradición. Yo-Sulamith ha recibido una inspiración hondamente enraizada en el judaísmo: en la "Sabiduría de los Padres" de la Mishnah se subraya no sólo lo transmitido por los mayores, sino también el acto mismo de recibir y de transmitir.⁴

Por otra parte, la consumación de su anhelo se proyecta en un futuro inminente y se anticipa en la imagen de alegre anunciación por el mensajero divino que le promete destino y aun distinción. Y ahora, al coincidir estas primeras cuatro líneas en un "ya no más" y un "todavía no", despertando la espera del

momento en el que por fin se cumpla la promesa, el poema entra en una calma inesperada, extraña: "Y la noche bebe / mi hondo sueño de cedros". En el presente del poema, el ansia y profundo deseo de Sulamith cesan de repente, encuentran su alivio – en un sitio lejos de la luz de la realidad. "Claro sueño – oscura vigilia" dice en "Der Letzte" (El último), un poema de 1911, y en este sentido puede entenderse aquí la particular oscuridad de la nube nocturna que bebe el "hondo sueño de cedros". Es otra luz y claridad que la de una realidad cotidiana: una revelación "celestial", en cuyo centro el Tú anhelado se identifica con Jerusalem.

"¡Oh, cómo me hace señas tu vida!" – esta exclamación forma el centro, el "ombligo" del poema, al que le corresponde con exactitud la última línea que dice el nombre concreto de la ciudad, mítico "ombligo del mundo" y patria de los exiliados, sitio desde el cual, según la Kabbalá, uno puede llegar al cielo.

Sitio que reúne también toda la ambivalencia del anhelo de Sulamith. La satisfacción del deseo en el sueño también significa precariedad, enaltecimiento y condensación amenazados por la finalidad y la fugacidad. Más que Jerusalem, es su "vida" quien le hace señas, la interpela directamente, atractiva y prometedora. Pero así lo hace ya desde la lejanía onírica, y su implícita ausencia inminente es tal que Sulamith comienza a seguir los pasos de su sueño y a disolverse, dejando atrás todo lo terrenal y temporal por amor a la dolorosa felicidad –las "demasiadas delicias"– que parecen repetirse con el "florecente corazón en penas": "Y me disuelvo / Con flore-

ciente corazón en penas / Llevada por el viento en el universo,
/ En tiempo, / En eternidad, / Y mi alma se consume ardiendo
en los colores crepusculares / De Jerusalem". En este espacio
metafísico, hacia el cual se evade Sulamith en una ascensión
al cielo, finalmente se produce una transcendencia: tras la in-
materialización del Yo su alma "se consume", se evapora
completamente en su sueño – y se redime como en una di-
mensión mítica, a la que previamente su anhelo ha desplazado
una imagen de la realidad: la ciudad terrenal de Jerusalem.

***"¿Dónde estás, ciudad lejana con aires
de terciopelo?"⁵***

En este temprano poema sobre Jerusalem, en una época
en que la poeta no solía tematizar el judaísmo directamente
en su poesía, se reúnen los motivos que forjarían su obra. El
ansia de amor y la búsqueda de una patria, la cuestión de Dios,
la pérdida y la muerte son aspectos a los que Else siempre trató
de enfrentarse mediante la proyección de un mundo más hos-
pitalario –el mundo de la imaginación y de los sueños– y que,
en su metaforización específica, se iluminan en vista de las
circunstancias de su vida. Estas muestran en un principio a la
tradición judía como algo lejano, como intuición, no como
transmisión práctica y "saber" normativo.⁶ A partir de sus
años en Berlín empezó a desdibujarse la ajenidad radical y
cada vez más manifiesta de Else Lasker-Schüler. Para empe-
zar, rápidamente renunció allí a la engañosa seguridad de un

matrimonio acomodado, burgués y asimilado como la familia
de que provenía. Luego, siendo una artista de la bohemia, no
podía esperar ser reconocida en una sociedad que se encon-
traba en un proceso de escisión y aberración que pronto re-
sultaría fatalmente desastroso. "Prinz Jussuf" es, en alusión al
José bíblico, intérprete de los sueños, sólo uno de varios dis-
fraces decididamente antiburgueses con los que ella trataba
de sobrevivir por la estrecha vía entre arte y vida dentro de
un mundo inhóspito. Pero el aspecto más grave de su deso-
rientación fue su exclusión y, más tarde, la injuria y la perse-
cución sufrida en su entorno no judío a causa de una identidad
que ella incorporaba como una "ignorante". Ni una tradición
judía ortodoxa, ni un concepto más general de existencia ju-
día, más allá de la asimilación dentro de la sociedad alemana
de su tiempo, nada de ello podía ofrecer a Else un marco de
vida válido, en el que encontrar la seguridad de la fe y a sí
misma.⁷ También el sionismo, con el que simpatizaba, era re-
ligioso, de talante místico, y nunca tan fuerte como para im-
pulsarla a emigrar voluntariamente a Palestina. Muchos inte-
lectuales y artistas judíos emprendieron el camino hacia la iz-
quierda política, al reconocer en el proyecto de la simbiosis
judeo-alemana todos los síntomas de un fracaso. Esta vía tam-
poco resultó ser la adecuada para Else. Y es que su utopía era
a la vez menos y más que la de la "Menschheitsdämmerung"
("alba de la humanidad") – era menos general que este *motto*
programático de los expresionistas, porque estaba más deter-
minada por una búsqueda muy propia de su judaísmo y de un

Dios personal dentro de éste. A la vez enraizada en la cultura alemana, en su lengua y literatura, que ella siempre asociaba con su madre –“alta admiradora de Goethe” y de Heine y “madrina de mis dos mitades” (YoyYo, GW 7, 237)–, Else vivió desgarrada en vísperas del ascenso de la Alemania nazi, infelizmente atada a sus orígenes judíos. De aquí que el dolor sufrido por Sulamith junto a la felicidad total en el jardín paradisiaco del Cantar de los Cantares quizás cobre aún otro sentido. Recibir “delicias” de tal tradición, sentir a raíz de ella un “corazón floreciente en penas”, significa una distinción que, sin embargo, resulta problemática, porque quiere merecerse en condiciones en la que esta distinción, al ser judía, se convierte en un estigma.

“Vengo en septiembre, aunque tenga que marchar a través del Mar Rojo”⁸

En 1933, Else Lasker-Schüler es una de las primeras en huir a Suiza ante el régimen nacional-socialista. Su situación financiera es pésima, y psíquicamente apenas soporta las heridas que le causa el antisemitismo alemán. La mística judía, que había abrazado tras la muerte de su único hijo extramatrimonial Paul en 1927, no puede proporcionarle un verdadero sostén. Su fe necesita alimento: seres humanos y sitios en los que pueda confirmar tanto la esperanza de un lugar seguro y soberano dentro del judaísmo y entre los judíos, como la confianza en su capacidad artística.

En la primavera de 1934 emprende, desde su exilio en Zurich, su primer viaje a Palestina. El motivo más inmediato fue su inmi-

nente expulsión de Suiza, donde su presencia era considerada oficialmente “ni necesaria ni deseada”.⁹ Mientras que en Alemania sus obras se quemaban como documentos del “arte degenerado” (“entartete Kunst”), las autoridades la instruyen repetidamente para que suprima sus “actividades ocupacionales como poeta”.

A pesar de estas condiciones, con este viaje también puede concretarse por fin el profundo sueño desde cuyo horizonte en otros tiempos Jerusalem le había hecho señas, sueño que en un “acto poético [...] *sin par*” destinado a la gloria de los judíos iría a tomarse realidad: su libro *Das Hebräerland* (La Tierra de los Hebreos, 1937).¹⁰ Con esta obra –escrita y publicada al regresar tras dos meses a Suiza–, Else Lasker-Schüler trata de superar su desarraigo también dentro de la comunidad judía de Zurich y de recuperar su antigua fama como “poeta de los judíos”. El significado verdaderamente existencial de “la tierra de los hebreos” se revela además en una carta escrita a Jakob Job el 18.3.35: “...debo asumir el libro de los palestinos que tanto me llena el corazón. Si no, sería cobarde. Siempre pienso en los torturados en campos de concentración y casi me avergüenzo de mis quejas” (BR I, 256).

“¡Palestina – una revelación unida, única!”

Das Hebräerland no es un itinerario “realista”, a no ser en el sentido de una realidad muy propia que descubre la poeta en Palestina. Porque las imágenes meándricas y escenas asociativas, a veces también fantásticas, que le ofrece a los lectores, son esencialmente parte de un pictograma psíquico, reflejos del ansia y de la esperanza más alta que simboliza la Tierra Prometida para

la desterrada del nazismo. "Quiere uno contar algo de Palestina – insípido trazarse un plan. ¡Toda Palestina es una revelación!" escribe ya en las primeras páginas (GW II, 788), para luego celebrar con palabras enfáticas y aun himnicas a Jerusalem como su centro. Allí, Else encuentra e imagina su fe en Dios, en un judaísmo sumamente personal, y escribe una poesía inspirada en esa fe. "La estadía en la Tierra Prometida, sobre todo en Jerusalem, fortalece la fe en Dios, en la 'Divinidad en Reposo'. Contra su mejilla se apoya Jerusalem" (GW II, 795), dice acerca de la "ciudad sagrada", lugar de contemplación y sosiego de dudas y apremios interiores. "Claras nubes, sí, transparentes, vuelven a pasar por mi mente" (GW II, 944f): así comienza *Das Hebräerland*, con una variante luminosa de la nube nocturna que ya en "Sulamith" le había inspirado su visión de Jerusalem.

Sin embargo, al describir Palestina y sobre todo Jerusalem, Else Lasker-Schüler no sólo deja correr libremente a su imaginación, lo cual, por lo demás, no es del todo atípico para la literatura creada en torno a la Tierra Prometida.

La Jerusalem terrenal – entre Oriente y Occidente

**"Me encanta vivir en medio de las ciudades
y cuanto más en Jerusalem! Cómoda detrás de
los setos vivos, en cualquier parte, me parece huir
de lo que acontece"**¹¹

"¡Palestina no es de este mundo! Su Jerusalem juega armoniosamente con el reino de los cielos" (GW II, 896), dice Lasker-Schüler

más de una vez. Pero también en el *Hebräerland* aparecen, siguiendo por supuesto una mirada selectiva muy personal, fenómenos muy concretos y típicos de la fascinante vida multicolor de la Jerusalem "terrenal", en particular de la parte occidental de la ciudad, en aquel entonces claramente marcada por la labor de construcción sionista.¹² Repetidamente se encuentran indicios de cosas "prosaicas", como por ejemplo el refrescante "mitz" (jugo) de naranjas que suele tomar la poeta todas las mañanas; los "dulces de Färweroff" (nombre de un restaurante en el oeste de la ciudad); el "Cinema Zion", del que confía que no estimule su debilidad –ya legendaria– para el cine. Else menciona las obras de canalización del rey Salomón, recién descubiertas, como posibilidad de solucionar el problema del agua en Jerusalem, describe la configuración de las calles céntricas por la que pasa inesperadamente una caravana nubia, una librería en Ben Yehuda, la galería de arte "Steimatzky". E, incansablemente, a personas que la impresionan cada una por su particularidad, a menudo belleza: dos mendigas egipcias en la calle de Yaffa, judíos de Samarcanda, "orgullosos israelitas" españoles y persas y "sacerdotes *jasidim*", un monje griego conversando con un sacerdote abisinio en el Café "Vienna", coroneles ingleses y los "golden boys de los regimientos escoceses" que se refrescan con "vino de Palestina" (GW II, 931 ss); surgen figuras familiares de la vida cotidiana, como la guapísima funcionaria en el Correo Central y los jóvenes y "atrevidos" arrieros árabes, o aparecen prominentes personalidades como Arthur Ruppin, el director de la sociedad de colonización y responsable de la más nueva arquitectura urbana oficial, en la que,

como por ejemplo en la “villa imperial” del Keren Hayesod y del Keren Kayemet, la poeta ve una “insípida hez de rocas jactanciosas” y “afectados monstruos de casas” (GW II, 811 ss). También encuentra por casualidad una vez a “Adon” Gershom Scholem, el entonces joven profesor de la cátedra de mística judía en la Universidad Hebrea de Jerusalem, al que le reprocha sin miramientos querer “descielarme las leyendas del santo Israel con el veneno de la lógica”. “Llevar a la boda el milagro (...) con una lógica de maestro de parroquia resulta en una *mésalliance*”, opina indignada. Porque la revelación, según Else, le acontece sólo “a una persona que mora en una hendidura de tiempo más elevada” – al poeta, al “superador del tiempo” y “superador del espacio” por excelencia (GW II, 802; 922; 921).

“Jerusalem es de figura pequeña, la novia elegida de Dios...” (GW II, 792)

Así, Else Lasker-Schüler abandona las más veces a la Jerusalem terrenal para seguir a su inspiración poética –a la luna y a las nubes–, transida de una fe mística en sus propias revelaciones. Esto lo hace cómodamente desde la colonia Rehavia, el barrio residencial preferido de los emigrantes judeo-alemanes:

Rehavia, oh Jerusalem sonriente, siempre tengo que pensar en ti... a menudo descansábamos en la tienda, acariciados por el aire. Desde la colonia Rehavia, si tiene uno coraje, se llega inmediatamente, para informar con exactitud y decir correctamente la hora, a la luna.

A partir del fin de la semana vuelve a decrecer considerablemente, entonces uno puede subir a su barca dorada. La hoz de la luna va horizontalmente a lo largo del borde del cielo en Palestina. El que se mueva horizontalmente se debe a razones geográficas, las que le interesarán averiguar más al astrógrafo que a una poeta. En Palestina no hay crepúsculo. Es decir, desde el origen del mundo, ninguna caída pesada como plomo en el día luminoso. Una prueba divina para la archisantidad de Palestina ya en el plan de la creación. Fue el amor de Dios que, al pintar la Tierra Prometida, apagó el gris en la paleta de nubes. Con una velocidad encantadora, la claridad del día se cambia en la oscuridad de la noche. Y la melancolía de los poetas y su miedo terrenal los provocan otras razones que el furtivo palidecer de la luz del día (GW II, 813).

De modo semejante al de Dios en la creación de Palestina, también la poeta omite con preferencia en la suya lo oscuro, todo lo ambivalente y disonante que marca el país en alto grado. Esto lo logra tanto mejor al escribir *Das Hebräerland* desde sus recuerdos. El especial cromatismo y el imaginario de lo visto provienen a menudo de “Sulamith” y del Cantar de los Cantares. En términos cariñosos y enfáticos, Else Lasker-Schüler describe a su lugar de anhelo varias veces mediante la alegoría de la amante bíblica:

Jerusalem es de figura pequeña, la novia elegida de Dios en la tierra de Palestina, y sin embargo de estatura tan inmensa con el abrigo de sus cielos lilas y su vestido empedrado de hondonadas. Una pequeña ciudad, una dulce ciudadela - Su Sión; se alza con cada piedra, en un cuadro de rocas (GW II, 792).

Si Palestina es el "libro de Dios", entonces Jerusalem es "la novia velada de Dios": "Dios quiere a Jerusalem. La ha guardado en su corazón. Ha elegido a esta ciudad de las ciudades" (GW II, 788). Desde su difícil realidad como exiliada, ansiosa de hallar una vez más la felicidad en la realidad exterior, en la iconización de su propio anhelo, la poeta elige a su propia Jerusalem. "Muero de la vida y vuelvo a respirar en la imagen", escribía Else en una novela epistolar del año 1912, y ahora se cumple esta confesión en la continuación de una temprana imagen onírica, que en su calidad de poeta posteriormente la confirma como profeta y la traslada a una cercanía inmediata al demiurgo divino: "Desprendido de Dios, se mueve nuestro mundo; sólo Jerusalem permanece pendiente del cordel del Sagrado Sueño del Creador. ¡Jerusalem, que no es de este mundo!..." Hasta los días de su infancia persigue su "perspectiva inspirada" sobre la "tierra de los hebreos" que la destina a "compartir con el Señor la responsabilidad de Su Creación Favorita" (GW II, 793), porque ya en aquel entonces había "dibujado tantas veces Jerusalem y escrito un versículo debajo de la pequeña imagen santa (...) como hoy en días selectos; quizás de modo más original y de raigambre más fuerte" (GW II, 907). En *Das Hebräerland* su creación finalmente coincide con la creación divina, y es así que su existencia como judía, artista y ser humano obtiene su sentido transcendental: "Palestina, edificada como siguiendo un dibujo infantil, es el cuadro magistral de Dios, la magistral obra infantil de Dios" (ibid.).

"Jerusalem es el observatorio del más allá, el antecielo del cielo" (GW II, 788)

En esta convicción como poeta-profeta, Else Lasker-Schüler se construye un suelo bajo los pies. Sin embargo, si su proyecto de Palestina y de Jerusalem en su subjetividad divinamente inspirada garantiza que este lugar, donde la poeta nunca pensó radicarse, permanezca como algo especial, algo que pueda elegir y de lo que pueda disponer libremente según sus propias necesidades –de bendición, de consuelo–, precisamente por ello es un proyecto precario. La poeta sólo logra consolidar su "suelo" y darse a sí misma plena substancia al insertar a su "misión" en el cuadro más general del sionismo religioso. En efecto, *Das Hebräerland* se abre con el famoso versículo "Vosotros seréis un reino de sacerdotes, un santo pueblo" (Exodo 19:6), a modo de *leitmotiv* en hebreo y en alemán. En este sentido exclama:

No todas las personas que viajan a la tierra de Palestina viven allí conscientes de su tarea. ¡iiiPalestina obliga!!! Para recuperarse en un sentido espiritual, Jerusalem, la capital de Palestina, es el lugar propicio, el baño terapéutico del alma. Pues la ciudad bendice al que anhela la bendición, la piadosa ciudad consuela al que busca ser consolado. Jerusalem es el observatorio del más allá, el antecielo del cielo. En esta divina creación se construyó el primer templo (GW II, 788 ss).

Indignada, Lasker-Schüler critica la "indolencia" de aquellos judíos que vienen a la Tierra Santa sólo para probar de ella

“como de un plato afamado y nunca antes saboreado”, y luego regresar con buena conciencia a Europa (GW II, 919). En contraste, celebra al “pionero hebreo” quien, partiendo de Herzl, el “*melej* (rey) muerto” y “vivo e inmortal indicador de camino” (GW II, 789), cumple incondicionalmente con la misión mesiánica de Dios:

El pionero hebreo despierto a Palestina de su bíblico y milenario sueño de leyendas. Alzo en la perdida tierra prometida un cáliz, lo lleno con la vid de su sangre, sacrifica su vida por Dios para volver a ganarla – en forma más elevada (GW II, 793).

El trabajo de construcción sionista en Palestina finalmente se vuelve tanto más exigente y, en vistas del fascismo y nacional-socialismo cada vez más amenazadores en Europa, tanto más necesario, por cuanto sólo allí los judíos pueden realmente esperar un retorno divinamente legitimado desde la diáspora y de la persecución a su historia, un regreso a una identidad intacta como “hebreos”:¹³

Bajo el peso de su elección jadea, perseguido por pueblos hermanos, el alma de los judíos. En el corazón de algunos judíos va muriendo la fe en la justicia. Mas el hebreo consciente del contenido de su carga divina lleva el peso responsable, el dulce niño de los mandamientos... la Torah, sonriente, en sus brazos (GW II, 883).

“Una vez , ‘todos’ los judíos regresarán a casa a la tierra de los hebreos, a juntarse en los lugares de sus templo” (GW

II, 895) – también Else Lasker-Schüler parece regresar a casa cuando en ocasión de Shavuot sigue, cual “última peregrina”, las procesiones de judíos religiosos al Muro de los Lamentos. Y aun si lo hace a una visible distancia, mencionando que “¡No soy hebrea por amor a los hebreos, sino por el amor a Dios!”, no deja de afirmar su profundo amor hacia el “más pequeño pueblo entre los pueblos, al que pertenezco con corazón y alma” (GW II, 816).¹⁴

“¿Por qué no todos los hombres de todos los países juntos al menos una tierra?” (GW II, 908)

Sin embargo, este sentimiento de familiaridad y de pertenencia siempre resulta frágil, por estar ligado a una amplia ignorancia de las realidades y una subjetividad idealizadora, a veces incluso “absolutista”. Por otro lado, el idealismo utópico de Lasker-Schüler, surgido de su propia ansia de armonía, reivindica con convicción indudable la aptitud, la obligación ética del ser humano para con la paz y la responsabilidad hacia al prójimo, a la vez que la fidelidad consigo mismo – es decir la *conditio sine qua non* de una vida comunitaria estable.

Este dilema se muestra una vez más en su visión de Jerusalem como lugar por excelencia de coexistencia pacífica, visión que contradice de modo flagrante la relación entre judíos y árabes, empeorada tras la acrecentada inmigración sionista en la época del Mandato Británico. De repente, el mundo árabe-oriental, al que siempre se había sentido afín como a un oriente de ensueño desde una distancia geográfica y dentro de su poesía (vívda)

—por ejemplo en el reino de “Theben” del Príncipe Jussuf—, le aparece a la luz de una realidad inmediata. Esto no le quita nada de su fascinación, pero en vistas de los crecientes conflictos políticos se vuelve alarmante, y más cuando también pone en peligro desde fuera la ubicación de Else Lasker-Schüler dentro del judaísmo, ya de por sí precaria. En esta tensión, ella primero traslada su “regreso” al judaísmo a un marco más amplio, universal, en el que la “ciudad sagrada” con el Muro de las Lamentaciones en su centro no sólo es el lugar donde vuelven a reencontrarse “ashkenazim” y “sefardim”, judíos ortodoxos y secularizados, sino que:

“¡En las cuevas y caminos de Sión, uno no anda entre individuos, sino entre pueblos! Tras su reencuentro, las tribus de Judah descansan metódicamente a salvo, cada una en los bloques multicolores de su barrio, su caja de construcción de imágenes. Alrededor de estas piedras de construcción tribales se mueven los más diversos pueblos y religiones orientales y occidentales. Y sin embargo, judío y cristiano, mahometano y budista van llevados de la mano aquí. Es decir, cada uno trata a su prójimo con responsabilidad. No conviene sembrar discordia aquí en la Tierra Santa” (GW II, 13)

Especialmente judíos y árabes, ambos “semitas”, aparecen como muy afines entre sí en la perspectiva de Else, quien ya en esta ocasión se evade del presente hacia tiempos bíblicos para sostener esta afirmación. Son los “descendientes de Isaac e Ismael” (GW II, 934) en quienes descubre a menudo “el alma resurrecta de piosas figuras de la Biblia”, de modo que los “judíos

salvajes” —los “hebreos” ideales de la Biblia— “viven en tiendas ante la puerta de Jerusalem, sin pretensiones y en armonía con sus hermanos árabes” (GW II, 791).

También al hacer mención directa de la política de colonización sionista, la postura idealista de Lasker-Schüler frente a las realidades queda conforme con los principios de esta política, cuya legitimación religiosa ahora va acompañada implícitamente de una superioridad ética y cultural de los judíos sobre sus “hermanos” árabes — convertidos en “hermanastros” al trasladarlos en términos ambivalentes hacia lo oscuro, lo primitivo y la violencia latente. Esta superioridad no excluye una participación propia y particular en la construcción civilizadora de la tierra por parte de los árabes — con su “estilo fantástico”, por ejemplo, en la arquitectura. Más bien se abre la perspectiva de una suerte de simbiosis judeo-árabe, ya que Lasker-Schüler está convencida de que “la inmigración a la tierra de las tierras (...) es beneficiosa para el árabe voluntarioso y trabajador igual que para el trabajador judío” (GW II, 870).

En consecuencia, el trabajo de los “heroicos” pioneros europeos es

[...] ganar a los árabes para la obra sagrada de sus colonias en los valles, incitarlos ahora para vivir juntos en amistad. Cuando las naranjas están maduras y los panes cocidos, algunos de los colonistas se encaminan por un sendero escarpado cuesta arriba, valientes hasta la muerte, hacia sus adversarios. Los invitan a comer en sus plantaciones, en la colonia madura del valle. Nacen verda-

deras amistades entre los hermanastros semíticos, entre los campesinos hebreos y los nómadas árabes. Cargados con el fruto del 'buen hermano', los hombres de barbas oscuras regresan a sus mujeres en las poblaciones rocosas. El agasajado árabe del monte abandona la colonia hospitalaria del hermano judío con lágrimas en los ojos. El árabe más elemental tiende, igual que el más salvaje de los hebreos, al sentimentalismo, que nace a menudo de una gratitud (GW II, 869 ss.).

Sin embargo, Else Lasker-Schüler no logra eludir las aporías de la armonización de lo que parece irreconciliable, a no ser por medio de la mención de características que, según ella, árabes y judíos tienen en común, lo que sin dudas es cierto, a tal punto que podría ofrecer las bases para una convivencia al menos pacífica. Mas en última instancia, su perspectiva se detiene en un subjetivismo idealizador, con el que por otra parte borra las diferencias –igualmente “verdaderas”–, y al ignorar las razones políticas del árabe no encuentra modo de enfrentarlo en tanto “otro” propiamente dicho, trátase del “sentimentalismo”, de una predilección por el teatro, una extraordinaria capacidad de entusiasmarse (GW II, 830), o de la agradable “amabilidad” y “bondad” de “ambos provocados pueblos semíticos” a los que la poeta encuentra “en las calles, plazas, en los senderos, pero también en los negocios, los bares y los restaurantes” (GW II, 915).

“En el fondo de mi corazón y sin rencor alguno, quiero al pueblo árabe en la tierra de Palestina”, escribe finalmente, pero en 1939, al incrementarse en luchas sangrientas la gran rebelión

árabe iniciada en 1936, sus dudas acerca de la posibilidad de una reconciliación pueden deducirse de una carta a Carl Seelig, en la que aparece tímidamente expresada a modo condicional y como pregunta, reiterando el ambivalente “en el fondo” como en espera de una confirmación: “En el fondo podríamos ser **todos** hermanos. En el fondo los árabes son nuestros hermanos en el corazón (?)” (BR II, 191). Sin embargo, Else no se ha desprendido tan rápidamente de su idealismo – “una pequeña **feria con carrousel**”, porque “carrousel equivale a conocimiento y reconciliación entre todos”, tal sus planes para una reconciliación de los hijos de “Judas y de los árabes” que le propone poco después a Zalman Schocken (EXBR, 53).¹⁵

[...] no soy sionista, ni judía, ni cristiana, mas creo que soy un ser humano, un ser humano profundamente triste. Fui un simple soldado de Dios; pero ya no puedo uniformarme¹⁶

El deseo de Else Lasker-Schüler de insertarse legítimamente con su judaísmo personal y subjetivo en la tradición viva tropieza con obstáculos también por la arista de la ortodoxia, y quizás no sea por casualidad que esto le ocurriera en ocasión de una invitación del escritor S. Y. Agnón a participar en su casa de Talpiot de la “Sagrada Cena de Shabat”, es decir, de una mesa familiar como ella misma nunca pudo tener. El otro invitado, a quien la poeta denomina “monje talmudista”, primero censura con muda

repreñión la participación de la poeta en la ceremonia “según su llama propia, unida” (las siete velas del Shabat), sin preocuparse de las convenciones. A esta condena latente de su “mala judeidad”, Else reacciona con un recitado fervoroso del “Shma” y se defiende mediante una parábola cuando el talmudista la acusa más o menos de blasfemia:

Erase una vez una pastora en el pueblo de Israel quien, cuando no apacentaba los corderos, componía versos al Señor. Una mañana sintió mucha sed y se inclinó hondamente sobre el borde de un pozo para beber. Una de las innumerables gotas se alzó sobre el manantial, y en ella se reflejaba toda la creación, el Creador mismo. Y la pastora se fue a buscar una bandeja para poner a salvo la inefable preciosidad; mas no encontró ni una sola que correspondiera a la belleza del agua tallada, ni en los nichos de los templos, ni en los jardines de los palacios. Entonces hiló con los rojos hilos de su claro y transparente corazón un caliz como ofrenda, de sonido cristalino y de dulce oscuridad, y puso la temblante eternidad guardada en una minúscula gota, la gema de las plegarias, el 'Shma' – entre las paredes hiladas de su corazón sacrificado a Dios. El 'Shma', el sagrado hieroglifo en el plan de la creación, sobrevive el mundo (GW II, 835 ss.).

A través de esta parábola, Lasker-Schüler no sólo corrobora “su” judaísmo, sino también la inmortalidad y “santidad” de su propia obra, en cuyo centro vivo esta inscripto indeleblemente el “Shma”. Pero aun si así deja sobrevivir en su obra ansiosa de Dios, en el “acto **sin par**”, una esencia sobreindividual del judaísmo que el talmudista quería negarle, su búsqueda de un apoyo literalmente religioso se revela de lo más

insistente cuando ella efectúa un “religamiento” a los orígenes de su existencia individual. En la duda solitaria y el miedo ante la muerte, la Jerusalem milenaria le muestra a la poeta también una cara aterradora, a tal punto que finalmente se vuelve el punto de partida para un viaje de regreso a la infancia, en la que Else Lasker-Schüler halla los principios de su poesía “celestialmente” inspirada.

“Pronto decía mi hermano que la estrella maravillosa venía, cual peregrina, de Palestina. Mi hermano nunca mentía: esto lo sabíamos yo y mi querida mamá” (GW II, 963).

Como Sulamith, regresa en *Das Hebräerland* al jardín de las “delicias”, en el que su hermano Paul, jugando con ella en el bosque, le señalaba cual santo la viva revelación de Jerusalem y sus colores crepusculares, según el ocurrida sólo en honor de ella:

Y por último, mi querido hermano, cuyo nombre le di a mi niño, me revelo como se llamaba el bosquecillo en el que nos habíamos sentado: ‘¡Jerusalem!’. Y el pequeño bosquecillo había venido por el mar, a nuestro bosque, especialmente para conocerme. ¡Oh, mi hermano sabía contar de modo tan amable!, y yo pendía de sus labios, un corazoncito que escuchaba. Si en el camino al bosque crepuscular pasaba por sobre nuestras cabezas un cometa, mi querido y piadoso hermano ponía su fina mano a modo de comprobación

sobre sus ojos, para poder juzgar mejor el origen de la estrella milenaria. Y decía entonces que la estrella maravillosa venía, cual peregrina, 'de Palestina'. Mi hermano nunca mentía: esto lo sabíamos yo y mi querida mamá (GW II, 962).

Mas es en el regazo de su madre donde está guardado el "saber" más profundo acerca de la verdad de la fe de Else. En vistas de su propia mortalidad, que se le revela a la poeta al ver la tumba del profeta Zacarías y los viejos sacerdotes judíos en el nocturno Valle del Kidrón –"viejos cementerios de rocas [...] heroicos entre Dios y Su Tierra" (GW II, 917)–, siente miedo "ante esta muerte, vigilada por cumbres que espían; aun si su paz lleva la imagen invisible de la deidad en el cuello." Sólo en la imagen de la madre, cuyo recuerdo suscitan "justamente las momias y las viejas rocas de tan antiguas ruinas sinagogales" (GW II, 867), parece encontrar un poco de alivio y de paz. La madre que, al igual que el padre, no le supo proporcionar apoyo alguno ni en la tradición judía, ni en la sociedad alemana, lo hace ahora en *Das Hebräerland* en una proyección en la que su difícil herencia, el amor por la cultura y la poesía alemana, encuentra un enaltecimiento metafísico. "¡Oh, ella me admiraba incesantemente! Yo estaba tan orgullosa, confiaba en su juicio, y lograba el verso más difícil, ya que construía mi poesía en su regazo" – la hija se acuerda de cuando solía componer versos con la "mejor amiga del mundo, mi joven y hermosa madre" (GW II, 876). Ahora esta imagen se le confunde con

el mismo Dios salvador, así como su destino confluye con el de Israel, el "Shma" de la pastora con la plegaria central de los judíos, cuando el grandioso y amenazador paisaje rocoso de Palestina –un sólo, inmenso valle del Kidron– parece robarle a la vieja poeta apatrida, en sus momentos de "miedo terrenal", tanto el aliento de la tradición poética como también el suelo existencial bajo sus pies:

Rodeada de piedras inmensas, sostenida acrobáticamente en alto, al mismo tiempo aprisionada en lo sólido y otra vez llamada por vastos abismos y barrancos, sí, mágicamente atraída, una cree tener que gritar primero de miedo y de dolor. Una anhela el regazo de la madre. En las noches, muchos de los recién llegados a Palestina suelen tener el típico sueño de los aviadores. Yo también me precipité despiadadamente desde todas las alturas a la tierra. Y sin embargo, Adonai sostiene a Israel con su fuerte brazo, inmarcesible muro protector. Por fin entablo amistad con la más pequeña y también con la más grande piedra de los abismos y con cada grano de arena de los senderos del desierto (GW II, 813 ss).

En el "paisaje de Jerusalem", menciona Else en otra parte de su libro, sus pupilas solían dilatarse "casi dolorosamente", porque el ojo tenía que percibir "una nunca conocida ni presentida forma de paisaje" de "grandísimas perspectivas" (GW II, 917). A este paisaje –lo metafísico puro– lo hace soportable la madre, quien se confirma como custodia de la estrella milagrosa de Palestina, poco antes de terminar la poeta su viaje poético por "la tierra de los hebreos":



Una mañana, mi inolvidable madre se inclinó sobre mí al despertar y me sonrió... He anhelado esta sonrisa desde que se fue con Dios. Ya de niña me daba su calor y me fortalecía, y desde que me fue concedido recuperar esta sonrisa maravillosa aquí en Jerusalem, comencé a sentir una alegría nunca antes conocida y una profunda comprensión hacia la Tierra Santa, hacia nuestra querida Tierra Santa. De repente cabía dentro de mi diminuta pupila, una gema engarzada en su esmalte castaño. En cualquier país en que esté, mis pies caminan por las alfombras escarlatas de la tierra roja. Hablan conmigo las cumbres de las piedras más altas y se inclinan sobre mí, sonrientes, como mi madre (GW II, 961).¹⁷

La gema en el ojo –inspiración poética y numen de su fe– es lo que Else busca de nuevo cuando, en junio de 1937, vuelve a viajar a Palestina, donde permanecería otros dos meses. Es sabido que tenía planes para un segundo libro sobre Tierra Santa, pero el proyecto, continuado hasta 1940, queda fragmentario. Algunas páginas tempranas aparecen sueltas en diversos diarios. Allí Jerusalem no ha perdido nada de su fascinación, y todavía es fuerte la perspectiva ansiosa e idealizante de la poeta sobre la “ciudad bendita”:

Una cree encontrarse en la estrella más lejana, en una estrella-remolque de la hoz lunar que se desliza horizontalmente, un grandioso barco dorado por el vasto mar de nubes a lo largo de la playa del horizonte. Es verdad que después del viaje a la Tierra Santa no hay sino un solo viaje: el viaje al cielo. Porque se ha llegado a la más alta meta terrenal por tierra y mar: Jerusalem. De allí no puede continuarse, desde allí conduce directo el camino a los cielos. [...] '¿Es linda Palestina?'. Me

preguntan de nuevo y siempre de nuevo, si Palestina y su capital Jerusalem son lindas. Pues aunque mi interés ensalza esta tierra, soy demasiado sincera para responder, Palestina es linda. Palestina es piedra, roca de la creación, la gema más preciosa del Señor. El la llevaba en Su mano antes de la revelación del mundo”.¹⁸

“Camino como por mausoleos – / Hecha piedra nuestra Santa Ciudad. / Piedras descansan en sus lechos de aguas muertas / En vez de aguasdedas que ahí jugaban: viniendo y yéndose. [...]” (Jerusalem).

A principios de abril de 1939, un año después de que le quitaran la nacionalidad alemana, Else Lasker-Schüler viaja por tercera y última vez a Palestina, donde llega enferma y casi sin recursos. También esta vez no piensa quedarse más de algunos meses; pero estalla la Segunda Guerra Mundial, Suiza le niega el visado, y Jerusalem se convierte involuntariamente en el lugar de su destierro definitivo.

Tampoco en los últimos años de su vida le es concedido un lugar adecuado entre los judíos sino un sitio marginal, a pesar del apoyo que recibe de Zalman Schocken¹⁹ y de la (esporádica) calma que le proporcionan sus frecuentes visitas a la sinagoga liberal “Emet ve-Emunah”. De repente, todo es ajeno: el hebreo no es su lengua, y ni la Jerusalem sionista ni la oriental logran sustituirle a Berlín o a Zurich, en cuyas calles se imagina quizás cuando vaga por los callejones de la ciudad antigua, o estando sentada en su café preferido “Sijel” en la Ben Yehuda. Yehuda

Amijai la recuerda vestida de modo excéntrico, figura sombría que provocaba, y no sólo en los niños, el extrañamiento, la compasión y también las burlas. En la inevitabilidad del exilio, la desaterrada apenas puede buscar refugio en su ilusión de la "ciudad favorita de Dios", comprender que su poesía en general –siempre "obstinada" ante la realidad con la que jugaba arbitrariamente–, y su "acto poético **sin par**", el canto enfático a Jerusalem del *Hebräerland*, se hallen ahora atacados por la realidad, corriendo el riesgo de enmudecer como el de un pájaro al que se ha pegado un tiro. "Estoy tan profundamente desilusionada", le escribe a Schocken el 6.12.39.

Sí, la tierra quedó la misma: tierra original, la creación; pero me estoy hundiendo en mí y me voy a morir de tristeza aquí. [...] Una no sabe cómo es todo, yo sólo sé que la vida y la muerte van de la mano. Y querer pensar lógicamente es justamente tan ilógico. [...] He escrito un libro tan amable sobre Jerusalem y me he vuelto cada vez más ajena. En el fondo de mi corazón no encontré a ninguna persona que me diera consuelo, en el fondo todos me son ajenos [...] Es que siempre he sido un indio, un pájaro obstinado, y ahora todo quebrado como en la jaula (EXBR, 57 ss).

Y sin embargo, Else todavía logra desarrollar una actividad asombrosamente viva en el campo literario y artístico. A principios de 1941 funda el "Kraal", una asociación de conferencias y lecturas para artistas e intelectuales. Emprende viajes a Tel Aviv y Haifa para leer sus obras, y sigue escribiendo su segundo libro sobre Palestina. Pero ahora, al haber perdido toda distancia res-

pecto del país, y agudizarse la pérdida de su patria al adquirir creciente certeza sobre los acontecimientos catastróficos en Alemania y Europa, el trabajo toma otro rumbo, en el que surge una imagen mucho menos idealizada de Jerusalem.

En *IchundIch* (YoyYo; 1940/41), una "tragedia teatralica" originalmente planeada como parte del segundo libro sobre Palestina, Lasker-Schüler emprende una discusión paródica del nazismo situada en el Valle de Hinom, en el que Hitler y sus criminales compañeros son aniquilados en el infierno. Por otro lado, a través de la dedicación a la madre, la "madrina de mis dos mitades", y de la parodia del *Fausto* de Goethe en que Dios salva a Fausto junto con Mefisto, la poeta trata de revindicar para su "segunda mitad" –la judía– la lengua y cultura alemana de raigambre humanista.

Y una vez más Jerusalem se confirma como sitio de inmortal inspiración poética y protección contra la inhóspita realidad histórica. Caminando por sus callejuelas rumbo al teatro, la poeta dice a su acompañante:

*Te asombras que tras la bebida de plata
Haya regresado a vuestro armario terrenal.
Para el ilimitado sueño del poeta
Verdad que vuestro mundo de carpintería no tiene lugar.
Perdona la arrogancia, compañero,
Es que llevo una vida más sublime -
¡Noches sin luz se encienden en mi dicha!
Las estrellas salen en mi mirada -*

*¡Hace años estelares ya yo moraba en tierra!
 ¡Y sólo mi verso no fue ilusión! [...] (GW 7, 231f).*

Por esta ilusión, ya considerablemente extenuada en la última escena de *IchundIch*, donde la poeta se desdobra en la desolada imagen de un espantapájaros, Else lucha todavía en sus últimos años de vida. Y, en efecto, logra proyectarla una vez más en palabras poéticas, en su poemario *Mein blaues Klavier* (Mi piano azul) que se publica en Jerusalem en 1943, dedicado "A mis amigos y amigas inolvidables en las ciudades de Alemania – y a aquellos quienes, como yo, fueron expulsados y ahora se hallan dispersos en el mundo". Mas la desilusión, el peligro de enmudecer "desde que embruteció el mundo", como dice el homónimo poema de la colección, aquí ya se hallan manifiestamente inscriptos en el cuerpo poético, y el lamento de la poeta a causa de la pérdida de todos los sueños se deja entender con desesperada claridad, también en el poema "Jerusalem".

Jerusalem

*Dios construyó de su espina dorsal: Palestina
 De un solo hueso: Jerusalem*

*Camino como por mausoleos –
 Hecha piedra nuestra Santa Ciudad.
 Piedras descansan en sus lechos de aguas muertas
 En vez de aguasdas que ahí jugaban: yendo y viniendo.*

*Abismos fijan con mirada dura al caminante –
 Y él se hunde en sus rígidas noches.
 Tengo un miedo que no puedo vencer.*

*Si vinieras...
 Envuelto en el abrigo alpino luminoso –
 Y apartaras el crepúsculo de mi día –
 Mi brazo te rodearía, imagen santa de consuelo.*

*Como en otros tiempos, cuando sufría en la oscuridad de mi corazón –
 Ahí tus ojos ambos: nubes azules.
 Me alejaban de mi melancolía.*

*Si vinieras –
 A la tierra ancestral –
 Me amonestarías como a un niño:
 ¡Jerusalem – álzate y resucita!*

*Nos saludan
 Las vivas banderas del "Unico Dios",
 Manos verdescentes, sembrando el aliento de la vida.*

Con palabras devotas a Dios, Else Lasker-Schüler parece querer entonar aquí otra vez un elogio a la Jerusalem "celestial", tal como lo había hecho a menudo también en *Das Hebräerland* – juguetona y extasiada como al vagar por los barrios judíos de la ciudad, en búsqueda de patria:



Me paseaba con toda tranquilidad sobre el duro y viejísimo hueso de la calle principal de Jerusalem, balanceado sobre su columna vertebral. Los callejones de las sinagogas más antiguas se bifurcan hacia la derecha y la izquierda como costillas del tronco dorsal. De cada una de las casas antiguas murmura nuestra querida música sinagoga (GW II, 820 ss).

Ahora, en el “espanto de la soledad” (tal el título de uno de sus últimos dibujos), en el que se encuentra en la Jerusalem terrenal, el canto de una tradición y religión viva ha enmudecido; sólo son reales el fin, la muerte tal como la vio en el Valle del Kidrón y en el “sueño de los aviadores”, su miedo en el que ahora cae como en una realidad despiadada, sin esperanza en el “fuerte brazo de Adonai”. Y ya como entonces a la vista de las “momias” y de las “ruinas de sinagogas tan antiguas”, sólo que incomparablemente más desesperada, huye hacia el pasado, hacia su infancia y su madre, de cuyo regazo obtuvo la inspiración poética. Alemania, quizás también Suiza, en donde le era concedido a la poeta realizar su “acto poético **sin par**”, translucen en el “abrigo alpino, luminoso”, en el que se implora la llegada del Tú salvador, a liberarla del “crepúsculo de mi día” – de la “melancolía” y del “miedo terrenal” de los poetas.

*Eternamente te buscaba a ti –sangran mis pies–
Apaga mi sed con la dulzura de tu sonrisa.
Y sin embargo temo que la puerta
Del sueño se cierre.*

dice, aludiendo a “Sulamith”, en “Dem Holden” (Al dulce), otro poema de la colección, en el que el ansia de Dios-Madre ya ha perdido casi toda esperanza de ser cumplida.

Aquí, sin embargo, Else resucita una vez más la imagen de la “ciudad bendita”, en el recuerdo de tiempos en los que nubes de sueño poético –azules como en su época artística más exitosa en Berlín– y personas cercanas le ayudaban a soportar su miseria existencial. Cual la “pequeña imagen santa” que dibujaba en su infancia, lleva ahora su visión “celestial” a una existencia poética donde puede sentirse a salvo en un abrazo simbiótico, evocando el regazo de la madre sonriente y consoladora.

Y, una vez más, Else Lasker-Schüler implora, en su miedo ante una muerte solitaria y por sobre toda ilusión a la que remite irrevocablemente el modo irreal del “Si vinieras...”, la esperanza de asegurarse sus relaciones religiosas, a nivel tanto colectivo como individual: en la cadena de los antepasados judíos, en la “tierra ancestral”, y en la relación retrospectiva hacia su fe de infancia que en otros tiempos tuvo el poder de resistir a las destructoras palabras del *caplan* de Elberfeld:²⁰ “Si vinieras – / A la tierra ancestral – / me amonestarías como a un niño: / ¡Jerusalem – álzate y resucita!”.

Y en efecto la poeta parece salvarse de la desilusión, al describir al final una revelación aparentemente real y presente: “Nos saludan / Las vivas banderas del ‘Unico Dios’, / Manos verdes, sembrando el aliento de la vida”. Como en “Sulamith”, quien aquí ya no está sola, le hace señas el más alto principio de la vida, haciéndole reconocer los signos de una existencia prometedora

regida por la Divinidad. Pero el tono extrañamente solemne, casi retórico de esta última estrofa, así como las comillas entre las que aparece el "Unico Dios", confieren a esta visión un aura de irrealidad. Aquí la poeta omite la propia consumación real y la unión fervorosa con el símbolo de su anhelo proyectado en aquel primer poema de Jerusalem. En "Dem Holden", sin embargo, Sulamith vuelve a despedirse, pero esta vez no fluye hacia los colores crepusculares de Jerusalem, sino hacia la mañana, despejada y sin nubes nocturnas:

*Te mando, antes de saborear una gota de luz temprana,
Saludos envueltos en una nube azul
Y besos cogidos del labio, recién brotados.
Antes de fluir hacia la mañana en una bandada.*

En los siguientes versos, hallados entre los últimos escritos de Else, incluso el dolor y la desesperación de la desterrada han enmudecido ante el cansancio letal que se impone con una calma resignada:

*Hay que estar tan cansada como lo estoy yo
En desencanto frío mi mundo desaparece de mi mente
Y se escurren mis deseos en lo hondo de mi corazón.²¹*

Después de la publicación de *Mein blaues Klavier*, el mundo se ensombrece cada vez más en torno a Else Lasker-Schüler. Mientras que en Alemania se comienza a ejecutar la llamada "so-

lución final", aumentan sus pedidos de auxilio desde el "espanto de la soledad": "Después de días difíciles: saludos. Es demasiado difícil para mí entre este pueblo. David también se hubiera marchado", dice el 29.1.1943 a los anticuarios Sally y Sina Grosshut en Haifa; el 10.7.1944: "Estoy desesperada en la soledad. Vuestro Jussuf" (BR I, 318). Los que la han visto en los últimos meses de su vida hablan de su absoluto desconocimiento de la realidad, de un "resquebrajamiento". A principios de enero se la encontró en la calle, casi muerta de hambre. Murió el 22 de enero de 1945, a los 76 años. Al otro día fue enterrada en el Monte de los Olivos. S. Y. Agnón dijo *Kadish* junto con Gerson Stern.

La lápida de su tumba, perdida durante dos décadas, se encontró en 1967. Sólo pocos saben de su existencia. Un puñado de quienes compartieron los años del exilio de una de las más grandes poetas judías de lengua alemana, suelen venir al legendario café Atara de Jerusalem todos los viernes por la mañana. Recuerdan. Shalom Ben Jorin me comenta con lenta sonrisa su pasión por el cine; ella lo llevó al cine Zion, a ver imágenes de una diáspora que ella misma no entendía del todo – *Ven a idl mit a fidl*: "El judío con el violín".

Else Levi-Mühsam, quien abandonó Alemania por segunda y definitiva vez apenas hace un año, recuerda el famoso "Romanisches Cafe" de los años '20 en Berlín. Allí la poeta la abrazó, amable y distraída, a lo mejor confundiéndola con Erich Mühsam, el célebre tío de Else Levi-Mühsam a quien ella acompañaba. Le preguntó por sus impresiones de Else Lasker-Schüler en Jerusalem. Inclina su pequeña cara de finas facciones: la soledad

sombría en la que solía aparecer la poeta en la King George; su obstinación radical; a veces, cuando se le hablaba imprevistamente, reaccionaba como "un viento tempestuoso".

Detrás de esta obstinación, las heridas, tal como las vio Mirón Sima, quien no cree en un realismo objetivo. El la retrató con finos trazos de lápiz, una mujer vieja, quebrada, de quien dice: "Era hermosa". Y entonces vuelve a contarme de Dresden, donde sigue viviendo, en una memoria que posee otra realidad que la del inmediato presente en este café, en la misma Jerusalem.

Desde sus ojos azules me dirige una mirada casi transparente, acompañada de su voz que me llega como desde una lejanía muy cercana:

"La mayoría de la gente viene aquí, se ven, se separan otra vez. Sin compromiso. Con algunos nunca he hablado una palabra. Pero me doy cuenta de inmediato cuando alguien falta. Es como en un cuadro del que de repente algo ha sido apartado, algo que antes lo completaba, que lo convertía en cuadro. Algo familiar se ha ido."

NOTAS

- 1 *Das Hebräerland* (La Tierra de los Hebreos) se citará de aquí en adelante según la primera edición de sus Obras Completas en 3 tomos: Else Lasker-Schüler, *Gesammelte Werke*, ed. por Friedhelm Kemp, München: Kösel, 1961-62 (en adelante GW II). Los poemas que aparecen en este artículo siguen el primer tomo de esta edición (GW I). Si no se menciona otra fuente, las cartas serán citadas según la edición en dos tomos preparada por Margarete Kupper (Ed.), *Else Lasker-Schüler, Briefe in zwei Bänden*. Band I: *Lieber gestreifter Tiger*, Band II: *Wo ist unser buntes Theben*, München: Kösel, 1969 (en adelante BR I, II). La edición más reciente de sus Obras Completas es todavía la del Deutscher Taschenbuch Verlag, München, de 1986, que reúne en 8 tomos las obras más importantes de la poeta, entre otras su poesía de 1902 a 1943, así como versos y prosa póstumos. De esta edición se citará *Ich undlich* (YoyYo), en el VII tomo (GW 7). Una nueva edición crítica de sus obras y cartas completas está actualmente a cargo del centro de investigación para literatura y cultura alemana "Franz Rosenzweig" en Jerusalem.

- 2 En *Konzert* (Concierto; 1932), tomo que reúne la prosa autobiográfica escrita durante los años '20, la poeta ha dejado testimonio en parte abierto, en parte críptico, de diversas experiencias con el antisemitismo alemán en su infancia.
- 3 Véase Shedletzky, Itta, "Bacharach und Barcelona. On Else Lasker-Schülers Relation to Heinrich Heine". En Gelber, Mark H. (Ed.), *The Jewish Reception of Heinrich Heine*. Sonderdruck aus Conditio Judaica 1. Tübingen: Niemeyer, 1992, 113-126, aquí 116ss. Las citas son del artículo de Buber "Die Jüdische Renaissance" (El Renacimiento Judío), publicado en la 1a edición de la revista *Ost und West* mencionada más abajo.
- 4 Véase Shedletzky, Itta, "Existenz und Tradition. Zur Bestimmung des 'Jüdischen' in der deutsch-sprachigen Literatur. En *Deutsch-jüdische Exil- und Emigrationsliteratur im 20. Jahrhundert*. Hg. von Shedletzky, Itta und Hans Otto Horch. Sonderdruck aus Conditio Judaica 5. Tübingen: Niemeyer 1993, 3-14 (p. 11).

- 5 Del poema "Vollmond" (*Meine Wunder*, 1911), citado por ella en una conferencia en Zürich, ca. marzo de 1939. Cit. en Shedletsky 95, 120.
- 6 Con ello contrastan las imágenes de antepasados provenientes de una famosa familia de rabinos y de Toledo que ella proyecta en *Konzert*, genealogía que hasta hoy no ha podido comprobarse. En Elberfeld, la poeta creció en un entorno cristiano impregnado particularmente de luteranismo. Su hermano preferido Paul tenía la intención de convertirse al catolicismo cuando murió en 1880.
- 7 Para los siguientes comentarios acerca de este aspecto véase la biografía de Hessing, Jakob, *Else Lasker-Schüler. Biographie einer deutsch-jüdischen Dichterin*. Karlsruhe: Löper, 1985, en la que me basó también en otros aspectos.
- 8 Carta postal a S. Y. Agnón desde Zürich, 22.6.1933. Cit. en Shedletsky 95, 15.
- 9 En Klüsener, Erika und Friedrich Pfäfflin (Ed.), *Else Lasker-Schüler 1869-1945, Else Lasker-Schüler in den Tagebüchern von Werner Kraft, 1923-1945*. ausgew. von Volker Kahmen. Ausstellung zum 50. Todestag in Marbach a. N., Deutsche Schillergesellschaft, 1995; *Marbacher Magazin* 95 (p. 248).
- 10 Carta a S. Guggenheim desde Zürich del 29.10.34; BR I, 263.
- 11 "Etwas von Jerusalem. Wieder etwas von Palästina" ("Algo de Jerusalem. Otra vez algo de Palestina"). Imprenta de diario, 1939 o más tarde. Cit. en Shedletsky 95, 100.
- 12 Para este aspecto véase el artículo de Hessing, Jakob, "Else Lasker-Schülers Höllental: Eine Spurensuche in Jerusalem". In *Konturen. Magazin fuer Sprache, Literatur und Landschaft* 3. Ismaning: Max Hueber, 1993.
- 13 "Hebreos", igual que "judíos salvajes", son términos fundados en tiempos bíblicos con los que Lasker-Schüler designa a los judíos ideales.
- 14 Véase en este contexto Hessing 85, 161ss.
- 15 Cit. en Bauschinger, Sigrid und Helmut G. Hermann (Ed. y Com.), "Was soll ich hier?" *Exilbriefe an Salman Schocken* ("¿Qué hago aquí?"). Cartas desde el exilio a Zalman Schocken). Dokumentarische Erstausgabe mit vier Briefen Schockens im Anhang, Heidelberg: Lambert Schneider, 1986 (en adelante EXBR).
- 16 Carta a Martin Buber, Jerusalem, 23.12.1942; BR I, 127 ss.
- 17 Es interesante señalar aquí una leyenda del siglo I A.C. que Lasker-Schüler debe de haber conocido. En ella, el mundo es representado por un ojo; su pupila es Jerusalem; el templo reflejado en ella, el Templo del Señor.
- 18 De "Ich erzähle etwas aus Palästina" ("Cuento algo de Palestina"), en *Jüdische Rundschau*, 5.11.1937. Cit. en Shedletsky 95, 99.
- 19 Aparte de Schocken, también la asociación de inmigrantes alemanes la ayudó mediante una pensión mensual objetivamente suficiente; sin embargo, siempre pasaba hambre.
- 20 En "St. Laurentius" (*Konzert*), que recoge una experiencia de antisemitismo en la infancia, este le "explica" así los gritos "Hepp, hepp!" de sus compañeros de colegio luteranos y católicos.
- 21 Del poema *Man muss so müde sein wie ich* (Hay que estar tan cansada como lo estoy yo), publicado postumamente. Cit. en Shedletsky 95, 69.

Quiero agradecerle cordialmente a Leonardo Senkman por su simpatía, sus comentarios críticos y en especial por su voluntad de familiarizar al público lector latinoamericano con Else Lasker-Schüler. A Jakob Hessing e Itta Shedletsky les doy las gracias por su interés en mis preguntas acerca de la poeta. Le agradezco a Werner Volke por el catálogo de Marbach; a Florinda Goldberg por la revisión final del texto; y, no por último, a Nasim Abed Rabbo y Jamal Hilal, quienes me ofrecieron trabajar en su oficina y me ayudaron incansablemente con la computadora.

